

**UN HOMBRE
DE DIOS**

CHARLES F.
STANLEY

UN HOMBRE
DE DIOS

GUÍA A TU FAMILIA BAJO LA DIRECCIÓN DE DIOS



EDITORIAL
PORTAVOZ

La misión de *Editorial Portavoz* consiste en proporcionar productos de calidad —con integridad y excelencia—, desde una perspectiva bíblica y confiable, que animen a las personas a conocer y servir a Jesucristo.

Título del original: *Man of God* © 2013 por Charles F. Stanley y publicado por David C. Cook, 4050 Lee Vance View, Colorado Springs, CO 80918. Traducido con permiso.

Edición en castellano: *Un hombre de Dios* © 2014 por Editorial Portavoz, filial de Kregel Publications, Grand Rapids, Michigan 49505. Todos los derechos reservados.

Traducción: Belmonte Traductores, www.belmontetraductores.com

Ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación de datos, o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de los editores, con la excepción de citas breves o reseñas.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas han sido tomadas de la versión Reina-Valera © 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina; © renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas. Utilizado con permiso. Reina-Valera 1960™ es una marca registrada de la American Bible Society, y puede ser usada solamente bajo licencia.

EDITORIAL PORTAVOZ
2450 Oak Industrial Dr. NE
Grand Rapids, Michigan 49505 USA
Visítenos en: www.portavoz.com

ISBN 978-0-8254-5609-1 (rústica)
ISBN 978-0-8254-6404-1 (Kindle)
ISBN 978-0-8254-7933-5 (epub)

1 2 3 4 5 / 18 17 16 15 14

Impreso en los Estados Unidos de América
Printed in the United States of America

CONTENIDO

1	El hombre verdadero	7
2	El hombre de acero y terciopelo	21
3	Un buen proveedor... y algo más	37
4	El líder de Dios	51
5	Instructor en casa	67
6	Amor verdadero	85
7	El hombre sincero	97
8	Un hombre de Jesús	109
	Guía de estudio	121
	Apéndice A	175
	Apéndice B	177

Uno

EL HOMBRE VERDADERO

En la privacidad de mi oficina pastoral, escuché la queja que me lanzó a esta aventura de reclamar el lugar del hombre bajo la perspectiva de Dios. Una mujer de mi congregación se sentó frente a mí, soltera, frustrada, sola y con los ojos llorosos. No veía nada en su futuro salvo un prolongado vacío. Pronto me di cuenta de que su idea de un futuro feliz estaba centrada en el matrimonio.

Tras escuchar sus razones por las que sentía que debía casarse pronto, le pregunté:

—Exactamente, ¿qué tipo de hombre estás buscando?

—Un hombre *completo* —exclamó sin dudarlo.

—¿Qué es un hombre completo? —pregunté yo—. ¿Cómo describirías al hombre que estás buscando para compartir con él tu vida?

Treinta minutos después había terminado su descripción, de una especie de hombre que no existe salvo en la imaginación de algunas mujeres.

EL HOMBRE IDEAL

Desde ese entonces les he hecho a muchas mujeres la pregunta que le hice a esa joven en mi oficina, solamente para obtener descripciones poco satisfactorias. Algunas mujeres visualizan al hombre ideal como un empresario fuerte, saludable, bien vestido, atractivo, agresivo, exitoso, fiable y responsable. Otras se imaginan alguien aventurero, emocionante, romántico y, posiblemente, artístico. En cualquiera de los casos, está interesado en todas las cosas y sobresale en casi todas. Ama solamente a una mujer pero las fascina a todas. Sabe escuchar con atención y está en contacto con sus sentimientos. Y, por encima de todo, es un superlíder espiritual en su casa.

¿Alguna vez has visto a alguien que responda a esta descripción? Ánimo, amigo. Tampoco lo ha visto ninguna mujer. Además, presenta una imagen distorsionada del verdadero hombre completo.

¿Qué es un hombre “completo” o “verdadero”? Es alguien que entiende y acepta la responsabilidad del desarrollo de su capacidad mental, emocional y espiritual, y lo demuestra por su actitud y acciones maduras en su vida personal, su vida en el hogar, su vida vocacional, su vida social y su vida espiritual. Ahora vuelve a leer la descripción de nuevo pensando en ti y sopesa el énfasis en las palabras *entiende*, *acepta la responsabilidad*, *desarrolla* y *demuestra*.

Ser un hombre completo no depende del trasfondo, talento, educación, habilidades o logros. Tiene poco que ver con aspecto, tamaño, forma o edad. Si estas cualidades fueran el criterio, la mayoría estaríamos eliminados. Tampoco se mide un hombre verdadero por lo rápidamente que llega a sus metas o medidas mundanas de éxito. Más bien, es un hombre en un viaje, en un proceso, forjando una experiencia. Conlleva un viaje que el Padre ha planeado para cada hombre.

Este viaje, por supuesto, comienza con tu reconocimiento de que necesitas un Salvador. ¿Ya lo has hecho? ¿Le has pedido a Jesús que perdone tus pecados y te dé vida eterna? No puedes ser un verdadero hombre de Dios sin Él. Esto se debe a que en el momento en que le pides a Cristo que

EL HOMBRE VERDADERO

te salve, Él quita tus pecados, restaura tu relación con el Padre, y te da el Espíritu Santo para ayudarte a convertirte en todo aquello para lo que el Señor te creó.

Si no estás seguro de tu relación con Jesús, el primer paso en tu viaje para convertirte en un verdadero hombre de Dios conlleva confiar en Cristo como el puente que cierra la brecha que tus pecados han creado entre tú y Él. Él está dispuesto a perdonarte y limpiarte, sin importar lo que hayas hecho. Lo único que tienes que hacer es pedir con fe, y Él te salvará ahora mismo (Ro. 10:9). Puedes usar la siguiente oración o tus propias palabras:

Señor Jesús: creo que verdaderamente eres el Hijo de Dios. Confieso que he pecado contra ti en pensamiento, palabra y obra. Por favor, perdona todos mis pecados, y permíteme vivir en relación contigo a partir de ahora. Te recibo como mi Salvador personal, acepto la obra que hiciste de una vez para siempre en la cruz. Gracias por salvarme. Ayúdame a vivir una vida que te agrade. Amén.

Para descubrir lo que nuestro Hacedor quiso para nosotros, debemos acudir a su revelación, la Palabra de Dios. Un vistazo allí del primer hombre perfecto del Señor nos dará un enfoque para nuestra comprensión hoy día.

LA CREACIÓN DE ADÁN

Según Génesis 1:26, el Padre creó a Adán para sí mismo: para su propia gloria, y no la del hombre. Las Escrituras dicen: “Entonces dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza” (Gn. 1:26). El Señor no nos podía haber halagado más de otra manera que haciéndonos semejantes a Él. La humanidad es la corona de la Creación de Dios. Tenemos que reconocer, por tanto, que fuimos creados para Dios y a

UN HOMBRE DE DIOS

su imagen (*imago dei*), a fin de que podamos entender la razón de nuestra existencia.

Cumplimos nuestros propósitos eternos cuando nuestras vidas honran al Señor y reflejan su gloria. ¿Qué agrada más a un padre terrenal que oír: “Ese niño es igualito que tú; incluso se comporta como tú”? Dios se deleita en hijos espirituales que reflejan su carácter.

LOS MANDAMIENTOS DE DIOS PARA ADÁN

Después que el Padre creó a Adán, le dio tres mandamientos. Primero, Adán tenía que enseñorearse sobre los peces del mar, las aves del cielo y sobre toda la tierra (Gn. 1:26). El dominio de Adán era el huerto del Edén, un lugar perfecto para un hombre perfecto y su esposa perfecta.

Segundo, Adán tenía que reproducirse. Dios dijo que fuera fructífero, se multiplicara y llenara la tierra y la sojuzgase (1:28). El hombre había de tener hijos que de igual forma glorificasen al Señor.

El tercer mandamiento que el Creador le dio a Adán fue: “Por tanto, dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán una sola carne” (2:24). Es decir, la esposa de un hombre tiene que ser lo primero en sus relaciones terrenales. Dios no ha repelido esos mandamientos. Hoy día sigue siendo responsabilidad del hombre ser buen administrador de lo que el Señor le ha dado, tener hijos y educarlos para que honren a Dios, y ser fiel a su esposa.

Los psicólogos generalmente están de acuerdo en que todos somos productos de nuestros hogares. Muchas personas piensan que nuestras experiencias traumáticas del pasado dominan nuestra condición presente, pero la atmósfera general de nuestro hogar ha establecido la dirección y el patrón de nuestra vida.

Cuando doy consejo a parejas en el estudio de mi iglesia, una de las preguntas que hago invariablemente es: “¿Cómo describirían la vida de su

EL HOMBRE VERDADERO

hogar cuando eran niños?”. Raras veces, si ocurre alguna vez, la respuesta se centra alrededor de un solo incidente, sino que más bien es una gran cantidad de sentimientos que recuerdan de la atmósfera de su hogar. A menudo palabras como *crítica, negativa, ruidosa, insensible, sin amor o indiferente* son palabras que se mencionan. Cada hogar tiene su atmósfera, compuesta por la combinación de temperamentos y modos de expresión de sus miembros. Aunque cada miembro de la familia contribuye a la atmósfera, es cierto que el esposo y padre tiene la influencia más grande, incluso cuando es por defecto.

LA COMPOSICIÓN DE ADÁN

La Biblia dice: “Entonces Jehová Dios formó al hombre del polvo de la tierra, y sopló en su nariz aliento de vida, y fue el hombre un ser viviente” (Gn. 2:7). El primer hombre fue hecho del polvo de la tierra, polvo que fácilmente se va con el viento. Este hecho en sí mismo debería protegernos del excesivamente desarrollado ego masculino.

Dios también sopló en el hombre el aliento de vida, y el polvo tomó dimensiones eternas. De ese puñado de tierra, el Señor creó un ser viviente, no solo carne y sangre mortal, sino una vida que es también espiritual en su esencia.

Los primeros dos capítulos de Génesis describen al hombre como Dios lo hizo ser. El Padre puso en el cuerpo de Adán compuesto de polvo un alma con la capacidad de pensar, de ejercer su dominio, de amar a su esposa y de criar a sus hijos. Él le dio emociones para que pudiera reconocer, responder y compartir las necesidades y deseos de sus acompañantes. Recibió la habilidad de discernir los requisitos de su familia y tomar decisiones teniendo en cuenta sus mejores intereses. Le fue dada una conciencia para guiarle a un entendimiento básico del bien y del mal. Y el Padre le dio a Adán un espíritu para mantenerle debidamente sintonizado con su Creador.

UN HOMBRE DE DIOS

El primer hombre de Dios no era ni santo ni no santo, sino inocente. La santidad de Adán no había sido probada, y solo él y Eva han vivido en esa condición. Todas las demás personas a partir de entonces han nacido con una naturaleza con tendencia a pecar. Tenemos que vivir con esta naturaleza carnal diariamente, pero nuestro Salvador ha provisto la victoria sobre ella. La inocencia que el hombre perdió en el huerto del Edén, que le hizo no ser completo, se nos ofrece en el Hijo perfecto de Dios, Jesucristo.

Un hombre puede tener un cuerpo perfecto, pero si sus emociones, mente y voluntad no están bajo el control del Espíritu Santo, fallará regular y trágicamente como el esposo, padre y seguidor que Dios quiere que sea. El Señor nos diseñó no solo para lidiar con éxito con el entorno material sino también para relacionarnos de manera armoniosa con otros seres vivientes. Por eso Él le dio un espíritu al hombre, para que se pudiera comunicar con su Creador y recibir sabiduría para cada interacción y situación. Cualquier hombre cuyo cuerpo, alma y espíritu no estén dedicados a Dios está fatalmente discapacitado, tristemente incapaz de ser el esposo o padre adecuado que desea ser. Y no hay dinero suficiente que satisfaga la ausencia del Espíritu de Dios en su vida.

LA DEMANDA DE ADÁN

Adán tenía el derecho y la obligación de demandar una total dependencia al Señor: “Y dijo Dios: He aquí que os he dado toda planta que da semilla, que está sobre toda la tierra, y todo árbol en que hay fruto y que da semilla; os serán para comer. Y a toda bestia de la tierra, y a todas las aves de los cielos, y a todo lo que se arrastra sobre la tierra, en que hay vida, toda planta verde les será para comer. Y fue así” (Gn. 1:29-30).

Esta es la promesa de Dios de provisión para el hombre. El Señor se declaró a sí mismo como la fuente de todo lo que el primer hombre pudiera necesitar jamás. Su habitación era un regalo: el utópico huerto del Edén.

EL HOMBRE VERDADERO

Las buenas bendiciones eran muchas y variadas. La belleza le envolvía. El hombre debía ser totalmente dependiente de Dios.

Lo mismo ocurre con el nuevo hombre, incluso en un entorno no tan idílico. El Padre quiere que vivamos dependiendo de Él, buscándole para suplir todas nuestras necesidades. Y podemos inculcar en nuestros hijos la verdad de Filipenses 4:19: “Mi Dios, pues, suplirá todo lo que os falta conforme a sus riquezas en gloria en Cristo Jesús”. Lo que Él hizo por su primer hombre, lo hará a través de Cristo a pesar de nuestro contaminado entorno.

Adán no solo tenía derecho a demandar provisión, sino que también tenía derecho a demandar una guía para su vida. Las Escrituras dicen: “Tomó, pues, Jehová Dios al hombre, y lo puso en el huerto de Edén, para que lo labrara y lo guardase. Y mandó Jehová Dios al hombre, diciendo: De todo árbol del huerto podrás comer; mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás; porque el día que de él comieres, ciertamente morirás” (Gn. 2:15-17).

¿Qué tipo de hogar tendrías si buscaras a Dios como la fuente de toda provisión? ¿Si buscaras del Señor dirección divina para tu familia? Si pudiéramos vernos a nosotros mismos como canales por los que Dios bendecirá a nuestras familias con recursos divinos y dirección, y si pudiéramos ser los hombres que Él quiere que seamos, tendríamos hogares llenos de armonía, paz y felicidad como el mundo nunca ha conocido. Si pudiéramos entender lo que Dios quiso para Adán al comienzo y saber que su deseo para nosotros es el mismo, cada uno estaría en buen camino hacia convertirse en un hombre completo.

LA COMPAÑERA QUE DIOS LE DIO A ADÁN

Quizá pienses que Dios no crearía nada que estuviera incompleto, pero lo hizo. Después de crear a Adán, vio su hombre perfecto y encontró una deficiencia, aunque no un defecto. La carencia era una mujer.

UN HOMBRE DE DIOS

“Y dijo Jehová Dios: No es bueno que el hombre esté solo; le haré ayuda idónea para él” (Gn. 2:18). Adán necesitaba alguien con quien compartir todo lo que el Padre había puesto en él y alrededor de él. Necesitaba alguien a quien amar. Adán estaba hecho a imagen de Dios con una inocencia no probada, la totalidad de lo que el hombre puede ser, pero a la vez no había otros seres humanos con los que pudiera compartir su vida. Así, pues, “de la costilla que Jehová Dios tomó del hombre, hizo una mujer, y la trajo al hombre” (Gn. 2:22). Solamente entonces Dios declaró que todo lo creado era “bueno en gran manera” (Gn. 1:31).

Las Escrituras nos dicen que la mujer es un regalo de Dios (Pr. 18:22), un regalo que hay que recibir con gratitud y cuidado. Si eres soltero y buscas una esposa, ten cuidado de esperar a la que el Padre creó especialmente para ti. Algunos hombres sienten que se quedaron con el regalo de otro, mientras que otros no sienten que recibieron regalo alguno. Dios no quería que el matrimonio fuera algo así, sino que quiere que cada cónyuge sea una bendición gozosa el uno para el otro. Un esposo debería ver a su esposa como el regalo de Dios para completarle, no para “acabar con él”. El Señor le dio a Adán una mujer para complementarle, no para competir con él. Tristemente, cuando la armonía espiritual falta, la vida en el hogar puede ser una batalla terrible y perturbadora.

Las Escrituras también dicen que Dios le dio a Adán una esposa que era parte de sí mismo, ya que procedía de su costado. Entonces, no es de extrañar que el apóstol Pablo dijera que un hombre debería amar a su esposa como ama a su propio cuerpo. Ningún hombre ha odiado jamás su propio cuerpo, sino que cuida de él, asegurándose de que tenga todo lo necesario para estar sano (Ef. 5:28-29). Lo mismo ocurre con tu matrimonio. Por eso, cuando hiciste tus votos matrimoniales, prometiste estar con tu esposa en lo bueno y en lo malo, hasta que la muerte los separe (si hiciste los votos tradicionales). Y esas promesas se hicieron no solo ante amigos sino también en presencia de Dios, y están archivadas en los registros del cielo.

Tu esposa es parte de ti. La consumación física hizo de ustedes dos uno solo.

EL HOMBRE VERDADERO

Y Dios quiere que tengas la misma relación con tu esposa que Adán tenía con Eva. El primer hombre era parte de su esposa, y ella parte de él. Si no estás dispuesto a vivir como parte de la mujer con la que te casaste, tienes que cambiar tu actitud porque tú *eres* parte de tu esposa y responsable de ella delante de Dios. Cuando la separación les divide, ambas partes sufren; cada uno se desgarrar.

Dios te dio mente, voluntad y conciencia para guiarte a tomar las decisiones correctas. Por tanto, eres responsable de tus decisiones. La “incompatibilidad” entre cónyuges no es una excusa aceptable para Dios. Tristemente, muchas parejas buscan el divorcio basándose en esta expresión formal. ¿Qué significa incompatibilidad? Muchos dicen simplemente: “Ya no nos entendemos”. Pero las diferencias de personalidad nunca son razones válidas para deshacer lo que Dios ha unido.

Las Escrituras dicen: “Por tanto, dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán una sola carne” (Gn. 2:24). El patrón de Dios para su hombre y su mujer es que estén juntos para siempre. Eso significa que el divorcio y la separación no eran la voluntad de Dios para Adán y sus descendientes. Digo esto por experiencia, y lo mismo dirían muchas de las personas abatidas que han sufrido el tormento del divorcio: nunca es un camino recomendable.

En el matrimonio siempre habrá pruebas que amenacen con separarles. El diseño de Dios para el matrimonio es que esté tan íntimamente unido que nada pueda separarlo. No puedo decir esto con más énfasis para las personas que aún no se han casado. El divorcio es una de las experiencias más trágicas de la vida. Así que tómate el tiempo necesario para elegir a tu pareja; asegúrate de que estás recibiendo el regalo de Dios para tu vida.

La mejor descripción de la responsabilidad de un hombre hacia su compañera es una palabra de seis letras: *cuidar*. Pregúntale a cualquier mujer qué es lo que más quiere de su esposo, y probablemente te dirá: “Tan solo quiero que me cuide”.

Cuidar dice mucho que el amar no dice, porque hoy día la palabra *amar* ya no tiene el mismo significado que tenía antes. Para una esposa, el

UN HOMBRE DE DIOS

cuidado dice: “Sean cuales sean tus necesidades, estoy interesado en ellas y voy a poner lo mejor de mí para honrarlas”. Eso es lo que Dios quería para su primer hombre. Cuando Dios dijo: “Únete a ella”, se refería a que Adán se separase de todo lo demás, si fuese necesario, pero que no se separase de Eva. Una esposa es una parte integral de su esposo.

Uno oye muchas opiniones diferentes respecto a la responsabilidad de un esposo y su esposa. Algunas personas dicen: “Creo que el matrimonio es una asociación al cincuenta por ciento”. Pero la Biblia dice que el *hombre* es el responsable de lo que ocurre en su hogar (1 Co. 11:3). El esposo es la cabeza, o líder, de la esposa. ¿Cómo debe guiar? Con ternura, y cuidando con amor (Ef. 5:23-25, 28-29).

LA RESTRICCIÓN DE ADÁN

Dios le dijo a Adán: “mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás; porque el día que de él comieres, ciertamente morirás” (Gn. 2:17). Dios había provisto todo lo que el hombre necesitaba, pero había una cosa en el huerto que el hombre no necesitaba: el árbol del conocimiento del bien y del mal. En medio de toda la belleza y perfección del Edén, había una cosa fuera de sus límites. Todos estamos familiarizados con lo que ocurrió. Satanás se inmiscuyó, Eva comió del fruto prohibido, y el hombre cayó en pecado (Gn. 3).

¿Qué debería decir esto a los padres? Esto enseña claramente que algunas cosas están fuera de los límites. Hay algunas actividades y acontecimientos en los que nuestras familias no deben participar. Nuestro enfoque debe estar en las actividades que exaltan al Padre y producen un gozo piadoso, fruto y crecimiento.

Dios quiere protegernos de las dolorosas consecuencias del mal. Algunos padres quizá digan: “Bueno, de alguna manera tenemos que aprender”. Pero la Biblia nos enseña que, como padres, somos responsables de enseñar a nuestras familias a obedecer al Señor y a evitar el pecado.

EL HOMBRE VERDADERO

Aunque ninguna familia puede evitar del todo el sufrimiento y la impiedad, los padres siguen siendo los responsables de establecer límites morales para sus hijos y ser buenos ejemplos para ellos.

EL CONFLICTO DE ADÁN

Adán y Eva estaban felizmente casados, la única pareja que conoció jamás el “cielo sobre la tierra”. Vivían en un estado de inocencia y dicha con la ausencia del pecado. Podían hacer todo lo que querían, lo cual por su naturaleza también agradaba a Dios.

El conflicto familiar de Adán y Eva comenzó cuando una tercera parte, Satanás, con la artimaña del engaño entró en la escena. Según la conversación de Eva con Satanás, Adán al parecer le había contado el mandamiento del Señor de no comer del fruto del árbol que había en medio del huerto (Gn. 2:17). Génesis 3 expone la estrategia de Satanás: él hizo persistentemente algunas preguntas a Eva que daban a entender que Dios no les estaba diciendo toda la verdad.

Siempre habrá conflictos familiares cuando dudamos de la veracidad de lo que Dios ha dicho o cuestionamos sus principios y mandamientos. Cuando una o ambas partes, o uno o más hijos, están fuera de la armonía con la voluntad del Señor para una familia, el conflicto es inevitable. El mandamiento de Dios a Adán era que gobernara su dominio; el desastre llegó cuando Eva ignoró las instrucciones de su esposo.

La conversación entre Adán y Eva que se produjo después de la victoria de Satanás demuestra cómo una mujer puede influenciar a un hombre. Satanás tuvo que *persuadir* a Eva para que desobedeciera a Dios, pero Eva solo hizo una sencilla sugerencia para provocar la caída de Adán: “Dale un bocado”.

Debido a su capacidad de influir en las opiniones de sus esposos, las mujeres tienen una gran responsabilidad. Y la mujer que usa su influencia erróneamente manipulará a su esposo para después lamentarlo. Las

UN HOMBRE DE DIOS

mujeres pueden confabularse para conseguir lo que quieren si son lo suficientemente inteligentes, lo suficientemente malvadas o lo suficientemente no cristianas, pero raras veces están felices con los resultados de su confabulación.

Muchas esposas saben exactamente cómo conseguir lo que quieren. Saben cómo vestirse, qué decir, qué dar, cómo actuar y dónde ir para obtener los deseos de su corazón. Pero las mujeres que usan mal el poder que Dios les ha dado sentirán el dolor de Eva. Eva aceptó la dirección de la fuente errónea, obtuvo el conocimiento del mal y perdió el don de la inocencia. Su autoridad era su esposo, pero ella aceptó la dirección de un enemigo: Satanás. Como resultado, recibió el pago del diablo: desengaño y muerte.

TRES RESULTADOS DE LA CAÍDA

En cada conflicto familiar hay al menos un perdedor. Aquí, tanto Adán como Eva perdieron su hogar bello e idílico: “Y lo sacó Jehová del huerto del Edén, para que labrase la tierra de que fue tomado. Echó, pues, fuera al hombre” (Gn. 3:23-24). El hombre, creado a imagen de Dios y tras haber recibido todas las facultades para que su vida fuera completa, fue exiliado del paraíso y sentenciado a un “duro trabajo” en el mundo infestado de espinos y cardos.

Adán y Eva también perdieron la unidad de su familia. Cuando la armonía, el apoyo mutuo y las metas comunes se pierden, ¿queda algo que realmente merezca la pena? Nada en el mundo es tan dulce como un hogar con paz y acuerdo constantes entre sus miembros, y nada es tan desdichado como un hogar sin armonía, gozo y amor.

Lo tercero que se perdió fue el honor de Adán como cabeza de su hogar. Él falló a Dios como su líder responsable y fiel, y las trágicas consecuencias fueron odio y conflicto que le costó a un hijo la vida y al otro, toda una existencia de culpa y temor.

EL HOMBRE VERDADERO

Caín y Abel no crecieron en el Edén, sino fuera del huerto donde su padre se ganaba la vida con el sudor de su frente, plagado por la naturaleza pecaminosa que recibió al desobedecer a Dios. A menos que tú y yo luchemos por obedecer al Señor en nuestro hogar, crearemos una atmósfera espiritualmente venenosa que infectará a nuestros hijos con falta de respeto por la autoridad: tanto la nuestra como la de Dios. Pon mucha atención a este principio: cosechamos lo que sembramos. Nuestra desobediencia hoy podría convertirse en la futura rebeldía de nuestros hijos.

Adán no tenía problemas antes de que él y su esposa cayeran en la trampa del diablo. Tenía comunión regular con el Padre y disfrutaba de la vida en el huerto con Eva y los animales. Pero el dolor y el sufrimiento invadieron su hogar cuando Adán no protegió a su esposa de su enemigo. Lo siguiente fue el desastre.

Si encuentras la raíz causante de un problema en tu hogar, es muy probable que veas que emana de la violación de un principio espiritual. La debilidad espiritual hace que nuestro hogar sea más susceptible que cualquier otro lastre, razón por la cual la cabeza del hogar necesita toda la armadura espiritual que Dios ofrece (Ef. 6:11-18).

Adán tuvo todas las ventajas como el primer hombre de Dios, y pudo fácilmente haber sido un esposo y padre modelo para la humanidad. Pero no supo proteger a su familia contra la maldad. Si un hombre no es eficaz en su vida familiar, no será verdaderamente exitoso en ninguna área. Pero si tiene éxito en su vida en el hogar, manifiesta las cualidades del hombre completo, el hombre que Dios quería que fuera.

Recuerda que mi versión de un hombre verdadero o completo es aquel que entiende y acepta sin problemas la responsabilidad del desarrollo de sus capacidades mentales, emocionales y espirituales, y lo demuestra mediante su actitud y acciones maduras en su vida personal, en la vida de su hogar, en su vida vocacional, social y espiritual.

¿Cuál está siendo tu progreso hacia una verdadera hombría? Dondequiera que te encuentres, ¿estás listo para avanzar? ¡Estoy contigo!

